

LA MIRADA

¿Humildad?

ENRIQUE PALLARÉS MOLÍNS

Doctor en Psicología. Profesor emérito de la Universidad de Deusto

Es imprescindible en el líder institucional o político como prueba de autenticidad del deseo de servir que manifiesta

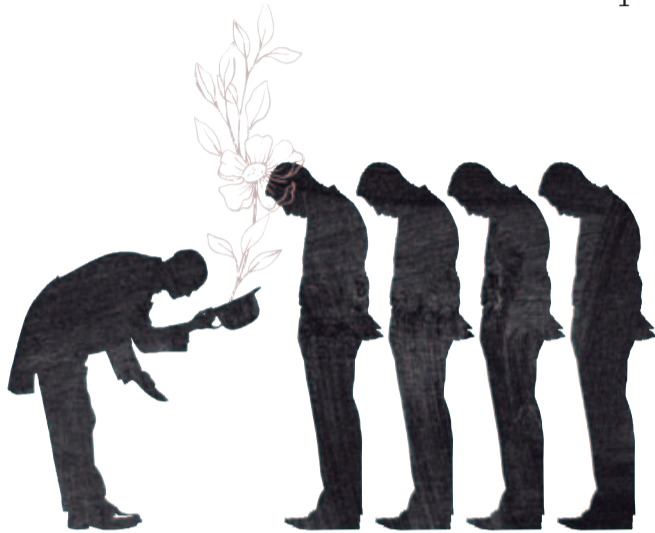


ILUSTRACIÓN SR. GARCÍA

En junio de 2022, después de ganar el decimocuarto título en el Grand Slam de Roland Garros, Rafa Nadal se dirigió a los recién graduados de la Rafa Nadal International School y les exhortó, con palabras amables y convincentes, a la práctica de la perseverancia y de la humildad. Dos virtudes que reconocía no estaban de moda, pero que consideraba fundamentales para su futuro. Sobre la perseverancia escribí en esta tribuna el 4 de septiembre de ese año y anuncié que dejaba para otra ocasión hablar de la humildad.

En general, la humildad no resulta deseable. El diccionario de la RAE la define como reconocer las propias limitaciones y debilidades y también «bajeza de nacimiento o de cualquier otra especie» o «sumisión, rendimiento». Algo semejante nos informa la etimología de la palabra 'humildad', del latín 'humilitas', que a su vez deriva de 'humus', tierra. Postrarse en tierra como signo de humildad y sumisión, pero sin olvidar que la tierra es también fuente de vida.

La recomendación de la práctica de la humildad ha estado muy asociada a la tradición ascética, que la contrapone a la soberbia, un vicio o pecado capital, potente raíz de los demás vicios. Ya en el actual milenio, la Psicología ha ensanchado el concepto de humildad y la considera una importante fortaleza o virtud humana, objeto de investigación y de fomento, que no consiste en despreciarse a sí mismo ni equivale a baja autoestima,

La profesora June Tangney, de la Universidad de George Mason, ha sido la pionera en concretar la

nueva concepción. La humildad consiste en una percepción exacta de uno mismo (sin exceso ni defecto); es decir, en reconocer las propias imperfecciones, errores y lagunas en el conocimiento –sin menospreciarse por ello–, pero también, y sin jactarse, de los propios logros, éxitos y valores. Implica también centrar o enfocar menos el propio yo, para tener en cuenta a las demás personas. Incluye, además, apertura mental a ideas diferentes de las propias, junto a la convicción de que se puede aprender de las demás personas, incluso, o sobre todo, de las que no piensan lo mismo. Finalmente, es apreciar el valor de las cosas y reconocer lo que las demás personas pueden contribuir a mejorar el mundo.

Esta concepción no es arbitraria, sino muy atinada y pone al ser humano «en su sitio». Es verse y ver el mundo con unas lentes que no distorsionan, sino que proporcionan una visión más correcta y orientan la acción por el buen camino del crecimiento personal.

Santa Teresa de Jesús define la humildad como «andar en verdad», tras reconocer a Dios como la Verdad. Con ello indica que la humildad es «andar» hacia la verdad –no creerse en posesión de ella–, de una verdad firme que le trasciende, aunque esto tal vez no suene bien en tiempos de la posverdad.

La falsa humildad es expresar verbalmente humildad, pero como estrategia de autopresentación para, en realidad, inflar el propio ego. Es presumir de sus cualidades y logros, pero enmascarando este arrogante objetivo con declaraciones de humildad e incluso de calculado autodespre-

cio. La humildad deja de ser humildad cuando uno se la atribuye a sí mismo.

La humildad, reconocida como fortaleza humana, afecta a todos los ámbitos de la persona y de la sociedad. Por ejemplo, humildad intelectual, frente a arrogancia intelectual, como condición imprescindible del aprendizaje y base del progreso del conocimiento. Humildad en la investigación y en el pensamiento, de acuerdo con la fecunda «docta ignorancia» que ya propuso Nicolás de Cusa. Humildad en la docencia, tomando como lema el del Instituto Jean-Jacques Rousseau –alma mater de destacados pedagogos y maestros–, de la Universidad de Ginebra: «Discat a puero magister» («Que el maestro aprenda del niño»).

Humildad en las organizaciones y grupos sociales. La humildad resulta imprescindible en el líder institucional, grupal o político, no precisamente como estrategia para maquillar y mejorar su imagen, sino como prueba de autenticidad del deseo que manifiesta de servir al grupo, a la institución o a la sociedad.

La profesora Stacey McElroy-Heltzel, de la Universidad de Iowa, ha propuesto la hipótesis de la humildad como lubricante social. Así como el lubricante favorece el buen funcionamiento y previene el sobrecalentamiento y las averías del motor, la humildad previene el sobrecalentamiento y la avería fatal, en la propia persona, en los grupos e instituciones y en la sociedad. G. K. Chesterton afirma en su libro 'Ortodoxia': «Sin humildad es imposible disfrutar de la vida, ni tan siquiera del orgullo». ¿Humildad? Sí, gracias.

**CARTAS
AL DIRECTOR****Prudencia,
no audacia**

«Los bancos se autorregulan más en la relación comercial con los clientes», es el titular de un diario económico-financiero. Es posible que así sea, pero han de estar siempre conformes con las normas de conducta y transparencia informativa que determine el Banco de España. Un paso más, en efecto, pero la prudencia continuará siendo la norma fundamental y no la audacia operativa, que resta para los novatos que intentan subvertir las reglas, a veces con catastróficos resultados.

**JAVIER DE LA FUENTE
OTAOLA****El discurso político
electoral**

El discurso político de nuestros días es hiriente, frenético, crispado... Persigue hacer daño. A falta de proyectos propios, cada cual se enreda contra su rival sin importar el respeto, la tolerancia o las normas de convivencia compartidas. El caso es lastimar. Como si destruir al rival les hiciese mejores. Siempre pensé que para ganar se trataba de ir más deprisa. En política no es así. Consiste en perjudicar al adversario, de modo que su retardo permita sobrepasarle pese a la dilación de uno mismo.

En período electoral ya no solo se repiten las mismas inmundicias. Se proclaman con una tonadilla discursiva que enerva; que hace más evidente, si cabe, el desperdicio de los contenidos. El caso es generar ruptura. Simétrica o asimétrica es lo de menos. La coincidencia en este caso con la Cuaresma, presidida por el recogimiento y la introspección, invita a proclamar el 'libranos, Señor, de este cáliz'. Evidente cacofonía a la seriedad y responsabilidad que habría de presidir el teóricamente desprendido ejercicio de la función pública.

ENRIQUE LÓPEZ DE TURÍS**La soledad**

En nuestro país, uno se estremece cuando lee las cifras de personas que se sienten solas –una de cada siete– y el gasto de 14.000 millones al año (gastos sanitarios, farmacológicos,

menor productividad) que supone, según el Observatorio Estatal de la Soledad no Deseada (SoledadES). Estos datos hacen pensar que la soledad es una 'enfermedad silenciosa' que acecha a todos los grupos sociales, ya que casi el 39% de las personas entre 16 y 34 años se sienten solas. El porcentaje pasa a ser del 20% entre los mayores de 65 años, el 13,2% de entre 35 y 44 y el 12,1% entre 45 y 54 años.

Estos datos presentan la soledad no deseada como uno de los males de nuestro siglo, que habrá que combatir por los efectos negativos que provoca tanto en las personas y la sociedad como en la economía. Las personas sufren mucho; la mayoría acaban siendo víctimas de algún trastorno mental que les impide desarrollar su vida con normalidad y les obliga a buscar ayuda asistencial para superarlo. Lo que acarrea pérdidas económicas porque las personas que se encuentran en esta situación son gravosas económicamente ya que son menos productivas y consumen más recursos.

JESÚS MARTÍNEZ MADRID**La corrupción**

Asistimos al continuo desgaste del sistema político español (ya sé que otros tampoco están para dar lecciones), propiciado por una serie incesante de escándalos de corrupción. Ocurren en el seno de los principales partidos de gobierno, unos gobernando en el Estado y otros en las autonomías. El poder que proporciona gobernar abre ventanas de oportunidad para los delincuentes.

Los noticiarios están repletos de la actualidad de cada caso, lo cual está muy bien; hay que llegar al fondo, y menos mal que tenemos muchos jueces rigurosos y minuciosos defendiendo el Estado de Derecho. Pero, como siempre, se echa de menos una visión crítica del sistema que ha dejado estas oportunidades para los delincuentes. ¿Qué es lo que van a cambiar los políticos para que los desfalcos no se repitan? El problema es que los votantes dudamos mucho de su voluntad de cambio; mejor dejar todo como está, son solo unas manzanas podridas.

DAVID LEAMAN LUSTED